

la que suceda el trabajo; trabajo interrumpido por la oracion; modestia que no solicite la aprobacion de los hombres; generosidad que desprecie sus aplausos y juicios; caridad que se entregue toda á las necesidades del prójimo y á conservar la paz en el mundo, fortaleza para resistirse á los halagos de los deleites.

¿Pues qué? me direis; ¿es preciso que todo cristiano haya de ser perfecto? No por cierto: pero está obligado á aspirar á la perfeccion de su estado, segun su vocacion, y segun la abundancia de gracias que ha recibido. Y pregunto: ¿qué es aspirar el hombre á la perfeccion, sinó andar solícito por evitar las ocasiones de pecar, por hacer guerra á los apetitos, por desarraigar las malas inclinaciones que malogran en nosotros los influjos de la gracia? La verdadera virtud no sufre defectos, aunque es verdad que los tiene. Tiene defectos que la humillan, que la avergüenzan, que la contristan, que la afligen: defectos, en fin, que ella procura continuamente moderar, corregir, destruir: y así, el hombre todavía no es perfecto en sus costumbres, y ya lo es en los deseos; practica todas las virtudes; pero podemos decir que ya las posee por el estudio continuado y especial esmero que pone para adquirirlas: de modo que á este celo y hambre de la perfeccion no resta más que añadir la pureza y desinterés en los fines y motivos.

Y no entiendo aquí un desinterés semejante al de la virtud y probidad mundana: desinterés falso é hipócrita, que solo hace ostentacion de sí para que le juzguen por más digno y acreedor de todas las cosas, afectando con una engañosa generosidad que no pretende nada: desinterés dictado por la vanidad y soberbia, que si desprecia la fortuna, es para solicitar la vanagloria; desinterés de amor propio más ingenioso y fino, que no solicita el concepto y aplausos de los hombres, porque se saborea con el aplauso interior y fruicion propia, con que por su mano se cobra y recibe el premio de sus virtudes. Entiendo pues un desinterés verdadero y sincero, un desinterés general y universal, un desinterés tan libre de amor propio como de ambicion.

Cuando obra el hombre por el mundo, ó para sí mismo, no busca á Dios verdaderamente; y así no le halla: ¿cuántas virtudes no naufragan todos los dias en este escollo? Introdúcese imperceptiblemente en las obras más santas el activo veneno de la vanagloria y del amor propio, y lo que el alma habia empezado por Dios, lo continúa y acaba para sí mismo! La verdadera virtud consiste en olvidar á los hombres, y en desear ser olvidado de ellos. Si deseamos que el mundo piense en nosotros, es indicio de que nosotros pensamos mucho

en el mundo; y quien desea ser estimado de él, manifiesta que todavía le estima y le ama.

¡Dichoso, oh Dios mio, el hombre humilde, que camina por sendas apartadas del bullicio del mundo, donde solo os ve á Vos, ni es visto de otro que de Vos! No hay enemigo más cruel que un mundo adulador y halagüeño, que con sus caricias mata, y con su ódio y ultrajes vivifica. El mayor favor, Señor, que podeis hacer á un hombre generalmente aplaudido de virtuoso, es permitir que sea humillado, para que, desengañado del mundo, solo aspire á ser vuestro en este mundo, para serlo eternamente en el cielo! Así sea.

REVELACION.

(LA)

Pater... verba quæ dedisti mihi, dedi eis; et ipsi acceperunt et crediderunt quia tu misisti.

Padre, las palabras que me habeis dado, yo las he transmitido; ellos las han recibido y han creído que vos me habeis enviado.

(JOANN. XVII. 8.)

La religion es el vínculo necesario, indispensable á la vida de toda sociedad, ora se considere á ésta en su infancia, ora se la estudie en el transcurso secular de su existencia. Todos admiten y convienen en que no ha habido, no hay, ni habrá jamás pueblo, tribu, ni familia, sin altar y sin Dios.

Lo esencial para la constitucion de un pueblo, una tribu, una familia, es el conjunto de los vínculos que la unen estrechamente á los individuos que la componen en el orden del espíritu y en el de la materia: los vínculos morales y los vínculos físicos son indispensables á la vida, á la grandeza y á la prosperidad de las sociedades.

De todos los vínculos morales, el que ocupa el primer lugar preferente, el que domina, crea y vivifica á los otros, es incontestablemente el vínculo sagrado de la Religion: su nombre venerable brilla al fren-

te del magnífico edificio social, y ninguno osaría penetrar en él sin reconocerle y saludarle.

Pero ¡cuántas religiones diversas se disputan el imperio de los corazones! ¡Cuántos siglos han sido testigos del nacimiento de nuevas creencias! ¡Cuántos pueblos han levantado altares y templos rivales sobre la inestable superficie de la tierra! Y la conciencia, espantada, se pregunta: ¿dónde está la verdadera religion, dónde el culto verdaderamente divino, dónde, en fin, el altar que el mismo Dios ha designado para los sacrificios? ¿Cual será el hilo conductor que la guíe en el inextricable laberinto de símbolos y creencias de la humanidad? ¿Por qué medio podrá decir con certidumbre, al encontrar la verdadera religion: *esta es?*

Ese medio, hermanos míos, vosotros lo conocéis, es la revelacion: y para fortalecer vuestras conciencias en la posesion de tan precioso tesoro, voy á desenvolver ante vosotros estas dos grandes verdades: 1.^a la revelacion es necesaria; 2.^a la revelacion es un hecho probado. *Ave María.*

1. Al comenzar este discurso, mi tarea no es difícil. Si pregunto por la necesidad de la revelacion, todos los pueblos, del uno al otro polo, y á través de las edades, me prestan su testimonio imponente, y unánimes protestan contra la religion llamada *natural*, esto es, no revelada.

Esta religion natural de que hablan algunos pensadores, no ha mostrado jamás sus templos, ni sus sacerdotes, ni sus altares. Ninguna epoca, ningun pueblo ha practicado, reconocido ni proclamado esta religion innominada. Al contrario, todas las religiones se apoyan en el hecho sobrenatural de la revelacion; todas se presentan á la adhesion, al fervor y al amor de los creyentes, con el carácter de religion revelada. Por otra parte, los pensadores, que patrocinan esta religion natural, no han podido, hasta el presente, ponerse de acuerdo respecto á su esencia: al tratar de definirla, todos difieren, tanto en la forma, como en el fondo, sin que haya de comun entre ellos otra cosa que la audacia y el encarnizamiento con que mutuamente se desmienten y combaten.

Se ha citado, á veces, esta invocacion tan conocida de Rousseau: «¡Conciencia! ¡Instinto divino! ¡Voz celeste é inmortal...! á ti se debe la excelencia de la naturaleza, y la moralidad de las acciones del hombre; sin tí, no conozco nada que me eleve sobre los demás animales, sinó es el triste privilegio de extraviarme de error en error, con el auxilio de un entendimiento sin regla y de una razon sin principios...» Bellas palabras,

no lo niego; pero la conciencia necesitá una antorcha que ilumine sus pasos, una voz de lo alto que la dicte los oráculos eternos. ¡Ah! lo decimos con toda seguridad; afirmar que la conciencia es la base exclusiva de la verdad, de lo bello y del bien, y que la religion debe reposar únicamente sobre ella, sin luz que la dirija, sin revelacion que la instruya, es abrir ancho camino á todos los desórdenes, á todos los errores.

Es preciso buscar otro carácter más verdadero, más decisivo, más incontestable; y como qué fuera de la naturaleza y de la conciencia, no hay más que la revelacion transmitida, la autoridad divina descendiendo de lo alto, bien puedo y debo concluir, que la revelacion es un hecho necesario. Esto mismo habia entrevisto, y felizmente expresado un sábio de la antigüedad pagana: *La verdad, dice Zoroastro, no es planta de la tierra.* Efectivamente, entre las fuerzas repartidas y prodigadas por el Criador, no hay una sola que posea en sí misma la sublime energía de buscar, de descubrir la verdad. Así, en el noble y sério estudio de la generacion de ella en nuestras almas, cuanto más excudriñamos este hecho misterioso, tanto más le vemos desprenderse de los elementos humanos para reposar exclusivamente sobre el consentimiento, sobre la tradicion; en otros términos, sobre la revelacion.

Yo apelo á vuestra experiencia, á la experiencia personal de cada uno de vosotros. ¿No es cierto que desde vuestros primeros pasos en la vida, habeis comprendido que no existia en vosotros el génio de la verdad, sinó solamente la facultad de asimilárosla? ¿No es cierto que este es un hecho universal admitido y reconocido por todos? La verdad, ¿y quién osaría sostener lo contrario? la encontramos diseminada en el mundo: nos llega de todas partes, por mil conductos que la Providencia pone á nuestra disposicion, pero que ella se reserva fuera de nuestro alcance.

El primer trabajo del hombre, el que precede á todos, y que se le impone aún antes de tomar posesion de la vida inteligente y moral, es el de asimilarse la verdad. Es una ley primordial, delante de la cual se inclinan todos los espíritus, todas las almas, todos los corazones; la suprema inteligencia de un Agustin, como el más modesto espíritu de un labriego: este fenómeno es un hecho probado.

Convenimos, se me dirá, en la evidencia irresistible de este principio, que el hombre no posee en sí mismo el origen, la fuente de la verdad; pero la humanidad, ese sér colectivo, que no tiene edad y que nunca muere, del que es imposible indicar la infancia, la pubertad ni la vejez, la humanidad está, desde su cuna, en posesion de la verdad, de ese precioso tesoro que guardan sus manos eternamente

jóvenes. Sí, ciertamente, responderé á mis adversarios; sí, la humanidad posee el precioso tesoro de la verdad, y esta secular posesion es la causa de su fuerza y vitalidad, pues, si en algunos países, á través de los siglos, las pasiones humanas han logrado á veces envolver esta arca santa, en una nube de polvo que la ocultara á la vista, el tiempo ha dado un paso, y pronto la verdad triunfante ha aparecido resplandeciente de luz, entre las aclamaciones vengadoras de los pueblos. Pero este tesoro, este depósito, yo os pregunto, ¿á qué título lo conserva la humanidad en sus manos? ¡Ah! la humanidad misma ha contestado; es al mismo título, á la misma condicion que el individuo: nada más fácil de demostrar.

¿Qué es la humanidad? Es el conjunto de esos mismos hombres, la agregacion colectiva de esos mismos individuos cuya impotencia para la creacion de la verdad, acabamos de reconocer. Pues, la humanidad, compuesta exclusivamente de individuos de la raza humana, no puede producir nada fuera de ella, segun el principio absoluto, que *todo se produce aquí abajo, por el concurso de los elementos dados por el Criador*. Esto admitido, la fuerza generatriz de la humanidad es limitada, restringida; porque, no teniendo á su disposicion, en las individualidades que la componen, más que la facultad de conocer, de asimilarse, de difundir la verdad, esta humanidad así constituida, podrá, si quereis, multiplicar sus fuerzas, pero nunca llegará á crear la verdad. Puede y debe aprenderla, apropiársela; puede tambien desenvolverla, ora con magnificencia, ora con amor, ora revistiéndola de formas luminosas y espléndidas por el órgano de sus profetas, por la voz de sus génios, por la inspiracion de sus vates. Sócrates y Bossuet, Platon y Agustin, la harán brillar con maravillosa auréola; extenderán sobre sus hombros un manto de resplandeciente belleza; sus voces predestinadas para esta sublime mision, cantarán la verdad; mas, Dios solo habrá sido el divino revelador.

Además, los hechos justifican, y sin réplica, la evidencia de esta afirmacion. ¿Qué hay más sorprendente, por ejemplo, que el embrutecimiento de las razas que pueblan el interior de África y de América? Estos pueblos, privados de relaciones internacionales con las otras comarcas del globo, han dejado desaparecer las tradiciones, la enseñanza revelada á sus ascendientes: privados del génio sagrado de la civilizacion, extraños á los nobles trabajos del pensamiento, rebeldes á las laboriosas investigaciones de la ciencia, á las santas luchas de la emulacion universal, se hallan sumidos hoy en la más profunda ignorancia, y entregados á los más monstruosos desórdenes. Al contrario; los hijos de Europa y Asia, vigilantes guardianes del

depósito de la tradicion y de las luces de la verdad, no han cesado, á través de mil vicisitudes, de perfeccionarse. La civilizacion estableció su primer foco en la alta Asia; de allí desciende al Asia menor; cubre con sus maravillas, agita con sus generosas inspiraciones el suelo afortunado de la Grecia, las playas encantadoras de sus brillantes colonias: vedla despues en Roma; allí reina y manda: señora del mundo conocido, orgullosa de su dominacion universal, envía sus águilas victoriosas hasta las heladas regiones del Norte.

Tal fué, hermanos míos, ántes del advenimiento de nuestro Señor Jesucristo, tal es todavía, despues de la encarnacion del Verbo, la marcha constante de la verdad: viajera infatigable, cruza incesantemente los espacios; brillante cual una antorcha, como ésta pasa de unos á otros. Pero nunca el hombre la ha inventado, nunca la ha creado, no; nunca ni en ninguna parte. Si así no hubiera sido, el génio del hombre no hubiera esperado el hecho divino de la revelacion, y más de una vez los séres privilegiados hubieran hecho oír estas palabras: *Venid á mí, los que buscáis la verdad! ¡ Vedla aquí! ¡ Yo la he encontrado!* La sinceridad humana no ha tenido jamás este lenguaje, y la buena fe secular de las generaciones jamás lo ha oído.

Aún voy más léjos, y por dichoso me tendré si consigo, con mis reflexiones, difundir y fortalecer la luz en vuestras almas.

Admitamos, por un momento, que la humanidad, en un dia, en una hora determinada, hubiera encontrado la verdad: para verificar el hecho, remontemos el curso de los tiempos, pues la verdad nos aparece desde el origen de las sociedades, al umbral de los patriarcas, bajo las tiendas de las tribus nómadas. Es preciso que sin desalentarnos, penetremos muy léjos en las profundidades de los siglos. Por fin, hemos llegado á la generacion madre, á la generacion privilegiada, á aquella que, por una intuicion sublime, ha visto, ha proclamado la verdad. Pero no; ni la historia, ni la crítica, ni la ciencia autorizan esta suposicion gratuita. Ellas no admiten, y vuestra razon no admitirá tampoco, que una generacion humana, desde el origen del mundo, haya podido estar armada de otro poder que el poder de las generaciones que la han precedido ó seguido. No; esta generacion, poco importa su siglo, su duracion, su fuerza y su gloria, no habrá sido compuesta sinó de hombres como nosotros, dotados de esta facultad admirable que el Criador nos otorga, de comprender, de asimilarse, de difundir á lo léjos la verdad. ¡Oh! como los hombres de hoy, los de ayer y los de todos los tiempos, han sufrido esta ley ineludible de nuestra naturaleza, esta ley que nos hiere de una im-

potencia radical y absoluta para crear la verdad, para hacerla brotar llena de vida del cerebro del hombre.

De lo expuesto se deduce, que un Sér superior, é independiente de la humanidad, ha debido revelar el problema y la solución de la verdad religiosa. Este Sér, á quien el universo ha conocido, oído y adorado; este Sér, cuyo nombre pronunciamos llenos de fe y de amor, es Dios! Anátoma pues, á las doctrinas materialistas, ó hipócritas, que se esfuerzan en deificar la debilidad humana, prestándola una fuerza y un poder que nunca ha tenido, que nunca tendrá, y digamos con la Iglesia: Dios *ha revelado la verdad al hombre.*

La razón, no ménos victoriosamente que la historia, va á confirmarnos en el hecho de la revelación divina.

Hemos dicho, que la verdad le habia sido revelada al hombre desde la cuna del mundo, y esta revelación recibió su más perfecto cumplimiento cuando Dios hizo descender el Verbo sobre la tierra: el hecho misterioso del Verbo divino, comunicándose á la naturaleza humana, arrojará nuevas luces sobre el dogma de la revelación.

La palabra es la expresión sensible del pensamiento: para hablar, es indispensable saber pensar: el sordo-mudo, que carece de pensamientos y solo percibe las imágenes, se halla, por este hecho, privado de la palabra, y sus labios no sabrán articularla hasta el día en que el pensamiento vibre en su espíritu. Pero bien examinado, el pensamiento no es, en realidad, otra cosa que una *palabra interior*, íntima, que resuena en el fondo de nuestras almas. El espíritu que piensa es un espíritu que se habla á sí mismo, que reproduce dentro de él las imágenes que el mundo exterior le presenta. Esta verdad, puramente racional, ha sido notada por las más grandes inteligencias: un contemporáneo la expresa admirablemente con este conciso axioma: *el hombre debe pensar sus palabras antes de pronunciar su pensamiento.* Mucho antes que él, Platon, el divino Platon, como le llama Sto. Tomás de Aquino, habia dicho: *el pensamiento es el discurso que el espíritu se dirige á sí mismo.* La lengua de los pueblos ha consagrado con su imponente autoridad este principio de los sabios: *el hombre*, han dicho los hebreos, *es un alma que habla*: los griegos, para expresar la palabra, ó el pensamiento, se servían indistintamente del mismo término *logos*: los latinos reunieron dos palabras significativas para expresar la inteligencia, *intris legere*, es decir, *leer en el interior*: y, en fin, el Evangelio, el libro por excelencia, dá el nombre de palabra al pensamiento divino, llamándole *Verbo*. Ahora bien; este Verbo, este pensamiento interior, esta palabra íntima del

alma, no es, no puede ser invención humana. Las pretensiones de los adversarios de la revelación no han ido tan lejos, no han llevado su audacia hasta la insensatez de revindicar como obra terrestre la invención del pensamiento. *Si*; han exclamado ante la evidencia; *sin revelador divino, el alma permanece sumida en profundo letargo; sus facultades quedan estériles, sin vida. El alma está pronta, esperando el soplo vivificador, como la tierra para recibir en sus abiertos surcos, la semilla arrojada por la mano del labrador.*

Dios ha debido, pues, revelar su eterna verdad: su palabra victoriosa ha iluminado las profundidades del alma, para hacerla admirar los esplendores de su ciencia, y su Verbo ha dado la palabra á los labios para que puedan expresarlos. Dios, en su comunicación con el alma, le ha revelado su nombre, su esencia, su amor, su justicia, su santidad, su verdad, en una palabra, la religión.

No sé, hermanos míos, si he expuesto con suficiente claridad, la fuerza de esos argumentos; por mi parte, confieso ingenuamente que me parecen sin réplica. En efecto, si Dios no hubiera hablado al alma de Adán, esta alma no se hubiera reconocido por sí misma, y aún esperaría la palabra divina para salir de su letargo. Además, esta primera revelación del Paraíso, nos aparece como el complemento de la creación, como el soplo inspirador que debia difundir en esta bella estancia del mundo, la vida moral y sus glorias, la vida intelectual y sus grandezas. ¿Será preciso añadir, que el Criador no necesitaba renovar en cada alma, en cada hijo de Adán, esta sublime revelación hecha al primer padre? En su persona, Dios la confiaba, como un depósito sagrado, á la humanidad entera, y las generaciones tuvieron el deber de transmitírsela fielmente las unas á las otras, como se transmiten con la vida del alma, la vida del cuerpo y de los sentidos.

Si de la palabra que expresa, canta y difunde la verdad, pasamos á examinar la naturaleza de ésta, encontraremos una última y nueva prueba, una fuerza más viva que aplicar á nuestras demostraciones sobre la necesidad de la revelación.

Está fuera de toda duda, que la verdad religiosa descansa sobre creencias esencialmente sobrenaturales: así, los principales puntos de su enseñanza son: el conocimiento de un solo Dios y tres personas distintas, la inmaterialidad del alma y su destino inmortal; las relaciones precisas y reales que el Criador ha establecido entre él y el hombre, su criatura; y, en fin, los misterios tan conmovedores y profundos de la Encarnación y de la Redención. A estos dogmas fundamentales, podríamos muy justamente añadir otros; pero éstos nos